

Nicolás Iñigo Carrera

La otra estrategia

La voluntad revolucionaria (1930-1935)





Colección Confrontaciones PIMSA
Dirigida por Nicolás Iñigo Carrera

Nicolás Iñigo Carrera

La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935). 1a ed. Buenos Aires: 2016.

352 p.; 15x22 cm.

ISBN 78-950-793-246-5

1. Movimiento Obrero. 2. Historia Política Argentina. I. Título.

CDD 320.982

Fecha de catalogación: 12/10/2016

© 2016, Nicolás Iñigo Carrera

Foto de tapa: acto por Sacco y Vanzetti, plaza Congreso, Buenos Aires, 1927. AGN

© 2016, Ediciones Imago Mundi

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 700 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2016 en Gráfica San Martín, Güiraldes 2723, San Martín, provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Índice general

Introducción	IX
1 El movimiento obrero hacia 1930	1
2 El movimiento obrero organizado y el 6 de septiembre de 1930.	15
3 El movimiento obrero organizado políticamente y el 6 de septiembre de 1930	37
4 Los medios de lucha del régimen	61
5 Comienza la resistencia.	105
6 La movilización de los desocupados	135
7 Comienza el momento ascendente.	147
8 Génesis de una fuerza social y lucha por su conducción	177
9 Formación de la fuerza social.	215
10 Otros medios de lucha	241
11 Formación de fuerza armada	269
12 La otra estrategia	285
Anexo fotográfico.	303
Referencias bibliográficas	307

Introducción

En el libro *La estrategia de la clase obrera. 1936* (Iñigo Carrera 2012) mostré cómo, analizando los más importantes enfrentamientos sociales librados por la clase obrera argentina a mediados de la década de 1930, en particular la huelga general del 7 y 8 de enero de 1936, la huelga de los obreros de la construcción que la precedió y la huelga y manifestación del 1º de Mayo de 1936 que la siguieron, y ubicándolos con relación a la historia posterior a 1945, era posible hacer observable, bastante antes del surgimiento del peronismo, una estrategia de la clase obrera argentina que tenía como meta incorporarse al sistema institucional político vigente, reformándolo pero sin pretender transformarlo de raíz. Aunque ésa era la estrategia mayoritaria, el libro mostraba también cómo del análisis de esos enfrentamientos sociales se hacía notable la existencia de otra estrategia, minoritaria, sí, pero presente con fuerza en los enfrentamientos, que no tenía como meta penetrar el sistema institucional sino que pretendía revolucionar, transformar radicalmente, la sociedad argentina.

El triunfo de la estrategia reformista dentro de la clase obrera no debe hacernos perder de vista la existencia de esta otra estrategia, si es que queremos dar cuenta de la complejidad del proceso histórico real. Esto no implica, todavía, evaluar las posibilidades de realización de esta estrategia en aquel momento histórico, aunque bueno es recordar que «la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización» (Marx 1974, pág. 77).

La presencia destacada de una estrategia con una meta radical en los hechos de enero de 1936 nos llevó a plantear esta investigación, tomando el quinquenio 1930-1935, lapso en el que, en una primera aproximación, manifestaciones de esa estrategia aparecían con bastante evidencia.

1930-1935

Es casi un lugar común en los estudios históricos delimitar como un período al lapso abarcado por los años 1930 y 1935, tanto si se observa el

campo de las relaciones económicas como el campo de las relaciones políticas. En particular se ha señalado ese lapso como un período específico en la historia del movimiento obrero argentino.¹

En el análisis del movimiento coyuntural de la actividad económica, existe una coincidencia en señalar el inicio en la crisis del mercado mundial que tuvo su manifestación más visible en el crac bursátil de 1929 en Estados Unidos, que ya había tenido efectos en Argentina en 1928, como contrapartida del paroxismo en que se encontraba la economía estadounidense (O'Connell 1984, págs. 487-490). También hay consenso en señalar que en 1934 las peores manifestaciones de la crisis habían sido superadas y que la economía argentina no sólo recuperaba su nivel de crecimiento sino que en particular la industria, justamente como consecuencia de la crisis mundial, recibía un fuerte impulso, incorporando crecientes contingentes de trabajadores asalariados.

La expansión industrial resultante de la llamada «sustitución de importaciones» produjo una transformación cualitativa de la sociedad argentina y una redefinición del lugar que las distintas clases y fracciones sociales ocupaban en ella. Esto no significa que no hubiera actividad industrial en Argentina antes de las décadas de 1920 y 1930, pero el momento histórico se inscribe en un proceso de transformación tan radical como los fueron las décadas de 1860 y 1870 y la de 1970, momentos todos en que la recomposición de la sociedad implicó una agudización de las confrontaciones, tanto entre fracciones de una misma clase social como entre las clases.

En el campo de las relaciones políticas, el golpe de estado de 1930 puso en evidencia la crisis del sistema institucional, incluyendo el sistema electoral, y de sus cuadros políticos. Con el golpe la cúpula de la burguesía argentina se aseguró el control del gobierno del estado e implementó las políticas afines a sus intereses, para adecuar el país a las nuevas condiciones que impuso la crisis económica mundial. La crisis del sistema electoral se prolongó en la proscripción de los candidatos y la consiguiente abstención del partido electoralmente más numeroso, la Unión Cívica Radical, y en el fraude electoral. La expansión del capitalismo en extensión, verificable en el ámbito de las relaciones productivas, no se manifestó aún en el campo de las relaciones políticas como proceso de creciente ciudadanía, como ocurrió posteriormente, y el período que estamos considerando (1930-1935) se caracterizó por el predominio del movimiento de repulsión del pueblo de las instituciones políticas, la utilización abierta de la fuerza armada del gobierno y del estado, el uso

1.— Por ejemplo: Murmis y Portantiero (2004, pág. 140), Del Campo (2005, págs. 95-127).

generalizado de armas en la lucha política y la posibilidad de que distintas líneas de conflicto desembocaran en abierta guerra civil.

El año 1935 ha sido señalado como hito haciendo hincapié en el levantamiento de la abstención electoral de la UCR (Halperín Donghi 2004). Sin embargo, son varios los hechos que permiten señalar un punto de torsión en el proceso de incorporación al sistema institucional político a mediados de la década:

1. El reiterado fracaso de los cuadros militares radicales en recuperar el gobierno por las armas llevó al radicalismo a abandonar la abstención electoral y participar, aunque con reticencia, del intento por constituir una alianza social y política que enfrentara en el campo electoral a la alianza social que ocupaba el gobierno y cuya expresión política era la Concordancia; el fin de la abstención electoral radical constituye un término de unidad de los cuadros políticos de la burguesía, incluyendo los de la UCR, sobre la base, fraude mediante, de la exclusión del radicalismo del ejecutivo nacional.
2. El cambio en la conducción de la Confederación General del Trabajo, con el desalojo de la conducción sindicalista por una dirección predominantemente socialista y los consiguientes intentos de establecer alianzas electorales, del tipo Frente Popular, con partidos que expresaban a otras fracciones sociales.
3. La división, reorganización o modificación de la línea política en las organizaciones políticas que se reivindicaban de la clase obrera. En el partido Socialista se fue desarrollando a mediados de la década una tendencia de izquierda que culminó en 1937 con la escisión que tomó el nombre de partido Socialista Obrero. El partido Comunista formalizó en su Tercera Conferencia Nacional, realizada en Avellaneda, el abandono de su política de lucha «clase contra clase» para impulsar la formación de un Frente Popular, de acuerdo con las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista. En el anarquismo, comenzó a publicarse en 1934 el periódico *Spartacus!*, que organizó en la Alianza Obrera Spartacus a una parte de los anarcocomunistas, y en 1935 se realizó el congreso donde se formó la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA); ambas organizaciones, que habían formado parte del Comité Regional de Relaciones Anarquistas (CRRA), creado en 1932, sostenían políticas diferentes de las de la FORA (Iñigo Carrera 2006).
4. La renovada acción de organizaciones internacionales como la iglesia católica, que en 1934 realizó en Argentina el Congreso Eucarístico, y la masonería, en la que en 1935 se produjo una escisión (Gran Oriente Federal Argentino) para «estructurar una política (...) ampliamente progresista y antifascista» (Corbière 1998, pág. 295).

Desde la clase obrera, 1935 se ubica dentro de un momento ascendente de sus luchas que culminó en 1936, cuando los huelguistas en la Capital triplicaron el número de los de 1929 (RA 1939); en enero de 1936 se llevó a cabo la huelga general más importante entre 1930 y 1943, que recordó, según los periódicos de la época, a la Semana de Enero de 1919. Esta huelga, que tuvo repercusión nacional aunque sólo hubo paro y lucha callejera en la Capital y las «localidades circunvecinas», fue seguida por otra el 1º de Mayo del mismo año, convocada por la CGT con un programa político cuyas metas pueden resumirse en libertad política, justicia social e independencia económica.

Dentro del señalado período 1930-1935 es posible señalar la existencia de dos fases: a partir de febrero de 1932, el ejercicio del gobierno del estado requirió de una legitimación electoral y los partidos de la oposición legal pudieron acceder al parlamento. En esta segunda fase se abrieron las condiciones para el desarrollo de una alternativa de participación en el sistema electoral y la lucha parlamentaria. Entre las organizaciones políticas que se reivindicaban de la clase obrera, la que tuvo su mayor incidencia en este aspecto fue el partido Socialista, en el que históricamente, incluso durante la fase 1930-1931 caracterizada por la clausura del Congreso nacional y las legislaturas provinciales, había prevalecido la adscripción a la vía parlamentaria para, gradualmente, reformar la sociedad hasta alcanzar una sociedad no capitalista.

¿Un quinquenio «sin lucha»?

La primera mitad de la década de 1930 ha sido un período prácticamente ignorado por la investigación sobre la historia de la clase obrera, excepto por algunos de los historiadores provenientes del mismo mundo sindical.

Es un lugar común señalar que la historia del movimiento obrero organizado fue escrita en primer lugar por autores que habían participado, en lugares destacados, de ese mismo movimiento. Se suele englobar a los trabajos de estos autores bajo el rótulo de «historia militante» o «historia escrita por militantes», denominación que se extiende a aquellos que escriben esa historia apartándose de las líneas temáticas e instrumental metodológico dominantes en la historiografía académica.² Sin embargo,

2.— La denominación de «historia militante» o de «historia escrita por militantes» implica, en Argentina, una cierta impugnación a sus productos, en tanto se consideran contrapuestos «compromiso» político y «rigor» en la producción de conocimiento (Romero 1996, pág. 92). A la «historia militante» se le contrapone una historia escrita por «profesionales» (ibídem, pág. 95), aunque se reconoce en éstos un vago compromiso (¿militancia?) con «la democracia», así, en abstracto. Sin embargo, esa contraposición entre «historia militante» e «historia profesional»

los más clásicos trabajos sobre el movimiento obrero organizado en el período 1930-1935 que son englobados como «historia militante» tienen diferencias entre sí que no pasan sólo por los distintos alineamientos político-ideológicos de sus autores sino también por los distintos aspectos del movimiento obrero que abordan y/o destacan. El anarquista Diego Abad de Santillán acota el objeto de su relato a la FORA, describiendo los congresos de esa organización y las luchas en las que participó; el relato termina en los primeros años de la década de 1930 – la edición original es de 1932 – y no hay una referencia explícita a un descenso de las luchas en el período que nos interesa; más bien se resalta su continuidad. Tampoco define si se trató de un momento de disminución o ausencia de conflictos el socialista Jacinto Oddone, que describe exclusivamente los

es aplicada de manera desigual: así, cuando un liberal refiere las maravillas del orden conservador de comienzos del siglo XX no es considerado «militante»; en cambio, si lo es un historiador marxista o nacionalista que investigue sobre la lucha del movimiento obrero. Por cierto que muchas veces quienes dicen alinearse con la clase obrera y el pueblo abonan a la imagen de poca rigurosidad, porque su ideología utopista (populista o socialista) les hace creer que el mero abrazarse con el pueblo garantiza un conocimiento mejor, sin necesidad de seguir los métodos de la ciencia. Pero la cuestión es otra: la supuesta contradicción entre conocimiento científico de la historia y militancia en la Argentina actual se asienta en el desenlace de los procesos de luchas políticas y sociales del último medio siglo y la hegemonía lograda por el capital financiero, que «naturaliza» una determinada concepción del mundo. Presentada como «natural», sustentarla y defenderla no es percibido como militancia a favor de esa concepción del mundo. La naturalización de las condiciones existentes hace que cualquier conocimiento que muestre el carácter social, histórico, y por tanto no «natural», de la sociedad en que vivimos sea considerado ligado a una militancia a favor de otra forma de organización social (lo que puede ser verdad), mientras se le quita el carácter de «militante» al conocimiento construido a partir de la aceptación de las condiciones existentes, presentado como aséptico y/o técnico. Toda declaración de asepsia en la producción de un conocimiento histórico que se atiene a recoger y analizar los hechos ocurridos sólo puede estar encubriendo dos situaciones reales: o bien la ignorancia por parte del historiador de las mismas condiciones en que está produciendo conocimiento y la «naturalización» de las percepciones, de los instrumentos utilizados y de los resultados obtenidos; o bien el deliberado ocultamiento de los alineamientos (militancia) del historiador. Lo que acabo de afirmar no significa que en el proceso de investigación histórica no pueda controlarse la influencia de la posición política o ideológica del historiador. Pero para eso es necesario, justamente, tomar conciencia y hacer explícita esa posición. La disyuntiva entre producción de conocimiento riguroso sobre los procesos históricos y «militancia» es falsa. No existe producción historiográfica, salvo que sea totalmente intrascendente, que no opere en favor o en contra de alguna teoría científica o alguna concepción del mundo o cosmovisión. Lo importante es en qué medida aporta a la construcción de conocimiento.

congresos y disputas entre tendencias, explícitamente defendiendo las posiciones del PS, sin hacer referencia, para el período 1930-1935, a las luchas de los obreros; sí aporta la reproducción completa de documentos, incluyendo los de la corriente sindicalista, contraria al PS. El dirigente comunista Rubens Íscar se ocupa también de las luchas entre tendencias político ideológicas, en un relato que ordena la información desde las posiciones sostenidas por su partido en el momento en que su libro fue escrito, la década de 1970, más que las que defendía en la primera mitad de los años treinta; hace una abundante referencia a las luchas sectoriales de los obreros, sobre todo a las dirigidas por el Comité de Unidad Sindical Clasista y no hay referencia a ninguna disminución en su intensidad. El más completo de estos trabajos, y refutación práctica de la contraposición entre «compromiso» político y «rigor» en la producción de conocimiento, es el que realizó el sindicalista Sebastián Marotta, quien hizo un registro extenso tanto de los conflictos sectoriales protagonizados por los trabajadores, incluyendo muchos ignorados por la estadística oficial del Departamento Nacional del Trabajo, como de los congresos de las distintas organizaciones y de las disputas entre tendencias; miembro en ese momento de la primera Comisión Administrativa de la CGT, trata al período 1930-1935 haciendo referencia al «(...) letargo que parece vivir la clase obrera argentina (...)» (Marotta 1961; citado en Murmis y Portantiero 2004, pág. 140), considera que el movimiento sindical estaba «disminuido» y que «(...) desde 1930 a 1935 escasas eran las [organizaciones sindicales] que reunían condiciones de realizar acción alguna en defensa de sus afiliados» (Murmis y Portantiero 2004); sin embargo describe los conflictos sectoriales producidos en ese momento, aunque califica a las huelgas generales convocadas por la FORA como «acciones desatinadas». López (1971), en aquel momento socialista y posteriormente vinculado al peronismo, también señala que entre 1930 y 1934 «las actividades sindicales (...) habían decaído en forma visible», principalmente debido a la crisis económica pero también al clima político; y atribuye la recuperación a la adaptación del movimiento obrero, «luego de cuatro años de sufrimientos, a las nuevas condiciones político-sociales»; 1934 marca «la reiniciación de la marcha emancipadora» y el «renacer sindical» (ibídem, pág. 312); a pesar de que en su análisis la dimensión de la lucha de los trabajadores ocupa un lugar destacado – es uno de los pocos que registra la huelga general de enero de 1936 –, no hace ninguna referencia a los conflictos desarrollados en el período que estamos analizando. En síntesis, los autores alineados en aquel momento con la CGT señalan una disminución – aunque de ninguna manera la inexistencia – de las luchas protagonizadas por los obreros (Marotta y López) o bien no hacen referencia al tema (Oddone); conclusión opuesta a la de Abad de Santillán e Íscar, alineados con

organizaciones ajenas a la CGT, ilegalizadas y particularmente atacadas por los gobiernos de Uriburu y Justo y por las organizaciones de la derecha, y que, como se verá en el desarrollo de este libro, mantuvieron una política de abierta confrontación.

Como puede apreciarse este conjunto de trabajos englobados bajo el nombre de «historia escrita por militantes» sólo tiene en común esa condición de sus autores y una mirada centrada en las organizaciones.³ No sólo son diferentes por los alineamientos, afortunadamente explícitos, de sus autores sino también por la calidad de sus descripciones, que constituyeron, y en buena medida siguen constituyendo, una lectura imprescindible para comprender el lugar que ocupan las luchas de los trabajadores en el período que estamos analizando.

Aunque un poco posterior, y sin una militancia partidaria explícita, pueden asociarse a los trabajos citados el de Godio (1989). Tiene en común con ellos las abundantes críticas a determinadas posiciones políticas, el señalamiento de sus «errores» y de la política que hubieran debido seguir, así como el énfasis puesto en el registro de las disputas entre las orientaciones político ideológicas enunciadas en su título, a las que se suma el sindicalismo, acompañadas de documentos; pero hay, también, un registro de las luchas de los trabajadores.

Un párrafo aparte debe dedicarse a los trabajos de Osvaldo Bayer publicados en la década de 1970 en los que se investigó la historia de los «anarquistas expropiadores» (Bayer [1970] 1989, 1975), que tuvieron su momento de auge en la segunda mitad de la década de 1920 y la primera mitad de la década de 1930. Estas investigaciones fueron, por muchos años, las únicas donde se registraba la existencia de luchas en el período que nos interesa, aunque limitadas a una forma de lucha en particular.

Existe otro conjunto de investigaciones sobre el movimiento obrero del período que estamos considerando realizadas desde el campo académico. La casi totalidad de esas investigaciones, referidas al lapso comprendido entre 1930 y 1945, tuvieron como meta conocer las condiciones en que surgió el peronismo, para lo cual analizaron especialmente los años inmediatamente anteriores a su constitución. La excepción son los trabajos publicados más recientemente por Fernando López Trujillo y Hernán Camarero, a los que nos referiremos más adelante.

Es, probablemente, la contraposición entre la magnitud del movimiento sindical a partir del gigantesco proceso de ciudadanización que se produjo durante los primeros gobiernos peronistas y la situación del movimiento sindical en la década anterior, la razón por la que todos estos

3.— También puede señalarse como un rasgo común que, excepto la historia de la FORA, fueron escritas teniendo en mente la contraposición entre los momentos históricos separados por el año 1945.

trabajos insistieron en la debilidad de la organización obrera antes de 1943.⁴

Hablar de la existencia de un movimiento obrero organizado antes de 1945, les apareció como «un exceso retórico pues, en rigor, no existe una fuerza de trabajo organizada en el plano nacional» (Torre 1990b, págs. 39-40). Esta debilidad del movimiento obrero es resaltada aún más cuando se hace referencia a la primera mitad de la década,⁵ considerada el momento de mayor debilidad del movimiento obrero, como resultado tanto de la crisis económica y el aumento de la desocupación, como del ataque directo de los gobiernos surgidos del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930.⁶ «La mitad de los años treinta es una línea divisoria dentro de una década caracterizada por la atonía política» (ibídem, pág. 28).

En el mismo sentido, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero hacen referencia a «la doble incidencia de las políticas que el capitalismo posee para disciplinar la fuerza de trabajo: el mantenimiento de una alta tasa de desocupación y la vigencia de medidas represivas», para caracterizar al período 1930-1935 como «un momento de extrema debilidad para el movimiento obrero, que se manifiesta incapaz de enfrentar las consecuencias de la crisis económica» (Murmis y Portantiero 2004, pág. 140) afirmación refrendada por una cita de Sebastián Marotta, miembro de la dirección de la CGT en ese momento, que considera al movimiento sindical, «disminuido»: para las organizaciones sindicales «tornábasele ilusoria toda actividad y desde 1930 a 1935 escasas eran las que reunían condiciones de realizar acción alguna en defensa de sus afiliados» (ibídem). Hugo del Campo señala «la impotencia de la CGT durante sus primeros años de existencia», que explica por la crisis económica y la consiguiente desocupación, que produjo los niveles más bajos de toda la historia de luchas reivindicativas, sumada a la «represión» del gobierno del general Uriburu, hasta el cambio de dirección de la central obrera en 1935 (Del Campo 2005, pág. 55). En su análisis Del Campo considera central la observación de los procesos de confrontación, aunque sólo considera los desarrollados en el sistema institucional; por eso afirma que «El enfrentamiento violento y frontal de los trabajadores con el estado pasó a ser cosa del pasado – junto con la influencia anarquista – (...)»

4.— Little (1988, pág. 307), estima, sobre la base de estadísticas oficiales y sindicales, que había 434.814 afiliados a sindicatos en 1946 y 2.334.000 en 1951. Doyon (1988, pág. 174) cita la información de la Dirección de Estadística Social que cuenta 441.412 afiliados a sindicatos en 1941 y 528.523 en 1945, y elabora las siguientes cifras de afiliación posterior: 1946: 877.333, 1948: 1.532.925, 1950: 1.992.404, y 1954: 2.256.580 (ibídem, pág. 178).

5.— «Lo es, más aún, a principios de los años treinta (...)» (Torre 1990b, pág. 40).

6.— «(...) la represión condensa toda la política del Estado» hacia las organizaciones sindicales, con excepción de los ferroviarios (ibídem, pág. 42).

(ibídem, pág. 74). Matsushita (1986), autor del trabajo más circunscripto al sistema institucional y a la confrontación entre las corrientes político ideológicas que se desenvuelven dentro de ese sistema, y que ignora prolijamente todas las acciones realizadas por el anarquismo, lo mismo que las luchas callejeras emprendidas por organizaciones de cualquier signo político, da una imagen similar sobre el período. También Joel Horowitz, que recorta el campo de observación al sistema institucional, define al período como «años difíciles».⁷

Los trabajos citados, a pesar de las diferencias teóricas entre sus autores y las conclusiones, a veces contrapuestas, a las que llegan, tienen en común dos rasgos que nos interesa resaltar:

1. en todos ellos ocupan un lugar central los procesos de luchas económicas, políticas e ideológicas; confrontaciones que son utilizadas como indicadores para señalar hitos en la historia del movimiento sindical;
2. todos limitan la observación al sistema institucional y lo que ocurre por fuera o contrapuesto a ese sistema es prolijamente ignorado o, al menos, minimizado; como sintetiza el prólogo de Rubén Zorrilla al libro de Matsushita, pero que puede hacerse extensivo al conjunto de los trabajos, «Sindicatos, partidos políticos y gobierno: he ahí la tríada fundamental examinada y reexaminada en diferentes direcciones (...) en áspero conflicto» (Zorrilla 1986, pág. 8).

La poca atención prestada al declinante pero todavía vigoroso anarquismo y al comunismo en rápida expansión en los gremios industriales es atribuible en buena medida a este recorte del campo de observación. Esto resulta muy evidente en el caso del anarquismo, del que, en el mejor de los casos, sólo se toma en consideración a la FORA, dejando de lado el proceso de reagrupamiento que se estaba produciendo con la formación de los comités de relaciones anarquistas y posteriormente con la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA) y la Alianza Obrera Spartacus.

También debe señalarse que todos estos trabajos intentan realizar mediciones sobre el conflicto utilizando las estadísticas de huelgas publicadas por el Departamento Nacional del Trabajo. El resultado, como se verá en el segundo capítulo, es que en algunos años del quinquenio el número de huelgas fue de los más bajos de la década, pero en otros – 1932 o 1935 – estuvo entre los más altos.

7.— Horowitz (2004). Con información recogida en la década de 1970, este trabajo pone el énfasis en el estudio individual de determinados sindicatos y, manteniéndose en el plano de la apariencia más superficial, atribuye un papel clave a «las rivalidades personales» entre dirigentes (ibídem, pág. 218).

En cualquier caso, es notable que en ninguno de estos trabajos existan referencias a las huelgas generales convocadas durante el quinquenio en cuestión. Las únicas excepciones son Del Campo, que sí registra las de diciembre de 1932 y agosto-septiembre de 1933, aunque sin darles especial relevancia, y Horowitz, que sólo nombra las primeras huelgas generales de la FORA durante el gobierno de Uriburu, pero ignora todas las demás, incluyendo la más importante de la década, en enero de 1936. Esta huelga general sólo es registrada en algunos de los trabajos citados, pero sólo como un momento de la huelga de los obreros de la construcción.⁸ Sin embargo, como ya se dijo, en estos libros los procesos de confrontación, aunque limitados al campo de lo institucional, se encuentran dentro del campo de la observación.

El registro del conflicto es, pues, un rasgo común a las investigaciones ya citadas. No es el caso de los trabajos a los que haremos referencia a continuación, generados en el nuevo clima de ideas difundido en Argentina desde comienzos de la década de 1980, en el que los discursos acerca de la inexistencia de la clase obrera y la elusión del conflicto como objeto de análisis estaban a la orden del día.⁹ No es de extrañar, entonces, que en

8.— Sobre la percepción de la huelga de enero de 1936 exclusivamente como momento de la huelga de los obreros de la construcción, ignorando su significado como huelga general, véase Iñigo Carrera (2012, págs. 324-327). Esta percepción no es resultado del desconocimiento del hecho sino de una concepción teórica, que privilegia la observación de las instituciones: al centrar la mirada en las organizaciones sindicales y trayectorias personales, o en un partido político, y no en los enfrentamientos sociales que libra la clase, tanto Di Tella (2003, pág. 319) como Camarero (2007a, pág. 214) hacen una descripción de la huelga general, pero sólo como episodio de la huelga de los obreros de la construcción.

9.— Se ha afirmado (Romero 1996, págs. 91-106) que, a diferencia de los años sesenta y setenta, la historiografía de los ochenta y noventa, al compás de una mayor profesionalización y menor politización e ideologización, ha tomado distancia de los requerimientos de la sociedad [«un saber académico constituido, capaz de alimentarse a sí mismo, y de subsistir independientemente de las apetencias de la sociedad» (ibidem, pág. 102)]. En el mismo sentido es paradigmático también el análisis de la historiografía sobre los trabajadores que hace Torre (1990a, págs. 209-220). Sin embargo, si partimos del hecho de que las reconstrucciones de la realidad por el pensamiento son una resultante de las relaciones establecidas entre los seres humanos, difícilmente podamos hacer un análisis de la situación de los estudios históricos sin tener en cuenta la situación (relaciones de fuerza) en que se generaron esos estudios y los intereses contrapuestos de los que son expresión. Si en los trabajos originados en años sesenta y setenta, aunque algunos de ellos se publicaran años después, el hincapié estuvo puesto en las luchas de los obreros, en los trabajos generados en los ochenta y noventa, ofensiva exitosa y hegemonía del capital financiero mediante, el interés se centró en el estudio de esa parte de las relaciones ideológicas englobadas bajo

el conjunto de ensayos publicados por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero con el título *Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, se definiera a este momento de la historia argentina como «los años relativamente tranquilos de las décadas de 1920 y 1930» (Gutiérrez y Romero 1995, pág. 9), en que la «identidad trabajadora y contestataria fue disolviéndose y, progresivamente se constituyó otra (...) popular, conformista y reformista» (ibídem, pág. 11), porque la movilidad social y crecientes aventuras individuales exitosas desgranaron la masa trabajadora y «la identidad inicial de los trabajadores, compacta, segregada y contestataria, tendió a disgregarse en una multitud de individualidades que pugnan por su destino singular».¹⁰ Contundentes afirmaciones que carecían, sin embargo, de referencia empírica,¹¹ menos aún, de intentos de medición precisa. En esta perspectiva, a partir de 1919, «es difícil saber si por su eficacia [de la represión] o por la renovada prosperidad de la década de 1920 (...) la ola movilizadora pasó, dejando lugar a un período de reflujo en la movilización activa, que no volvería a repetirse en Buenos Aires hasta después de 1943» (ibídem, pág. 116), desmovilización que se acentuó en los años treinta por la represión gubernamental, la crisis de la actividad industrial y la desocupación (ibídem, pág. 119). Algo atenuada y circunscripta a la primera mitad de la década, se repite la referencia a una «actividad sindical» «adormecida en los años inmediatamente posteriores a la crisis», aunque se reconoce que «resurgió hacia 1934, acompañando el ciclo económico» (Romero 2001, pág. 84). En definitiva, en esta perspectiva, hasta el surgimiento del peronismo, «hito fundamental» en el proceso de «toma de conciencia, de autopercepción, de incorporación cultural de experiencias compartidas», no existió para los trabajadores una «identificación a escala nacional» y, si bien no está explícitamente afirmado, se desprende que no puede considerarse hasta ese momento que exista una clase obrera (ibídem, pág. 133). Afirmación que sí puede encontrarse, dentro de la misma línea interpretativa, cuando Daniel James señala que la existencia de la clase obrera argentina «y su sentido de identidad como fuerza nacional coherente, tanto en lo social como en lo político, se remonta a la era de Perón» y que «en

la denominación de «cultura», desapareciendo el análisis de la confrontación social.

10.— Gutiérrez y Romero (1995, pág. 11). Nótese la diferencia con la afirmación de Del Campo para referirse a los cambios en la clase obrera en ese momento: «Aunque la movilidad social seguía siendo alta, no todos los inmigrantes habían logrado “hacer la América” y no eran pocos los hijos de inmigrantes que debieron conformarse con seguir siendo asalariados como sus padres (...)», lo que no era obstáculo para que se orientaran hacia el reformismo (Del Campo 2005, pág. 39).

11.— Para una crítica pormenorizada a esos trabajos, véase Camarero (2007b, págs. 35-60).

un sentido importante, la clase trabajadora misma fue constituida por Perón». ¹² En síntesis, esta perspectiva historiográfica de la que hemos citado a los autores principales caracteriza a la década de 1930 como un momento de conciliación y sin lucha, y rechaza el análisis de los trabajadores asalariados en términos de clase obrera.

Confluyen así con la vertiente historiográfica que descarta a la clase obrera y minimiza al movimiento obrero organizado como sujetos de la historia. Un buen ejemplo de esa tendencia puede encontrarse en los tres tomos de la *Nueva Historia de la Nación Argentina* publicada por la Academia Nacional de la Historia, dedicados al siglo XX: de un total de aproximadamente 1.700 páginas, el movimiento obrero, considerado sólo en sus manifestaciones estrictamente institucionales, es tratado en un solo capítulo de apenas 30 páginas (Matsushita 2002, págs. 213-224), a las que pueden sumarse 9 en donde se trata el pensamiento político de «las izquierdas». ¹³ Esta obra prioriza la observación de la acción de los «grandes hombres» ya que considera al proceso histórico producto de la aplicación de sus ideas-fuerza, ¹⁴ un enfoque metodológico que toma como sujetos principales, cuando no a las ideas mismas, a los intelectuales e ideólogos. En una concepción similar se ubica Tulio Halperín Donghi, quien denomina al lapso 1932-1935 «la República en el limbo». ¹⁵ Señala el año 1935 como hito, a partir del cual Argentina es «una sociedad de

12.— James (1990, págs. 55-56). En el libro de James, que tiene como objeto de investigación «el peronismo y la clase trabajadora» entre 1946 y 1976, hay pocas referencias al período 1930-1935, todas sobre el movimiento de la actividad económica y sobre el sistema institucional (la CGT y los partidos políticos); la lucha de los trabajadores brilla por su ausencia.

13.— Egües (2001, págs. 402-411). Nótese el espacio consagrado a otras instituciones: las fuerzas armadas son tratadas en tres capítulos (93 páginas del vol. 8) y las iglesias en cinco capítulos (99 páginas del mismo tomo).

14.— Coincide en esto con la apreciación de Romero en el sentido que son los «grupos dirigentes» (estado, iglesia o grupos contestatarios) los que «esculpen» al sujeto histórico, sobre el «mármol en bruto» que constituye su base (Gutiérrez y Romero 1995, pág. 35).

15.— Halperín Donghi (2004). Como limita la observación al sistema institucional, y en especial a los personajes y partidos políticos que no cuestionaban el orden social capitalista, mientras reserva sus observaciones críticas para los socialistas e ignora a las organizaciones que se proclaman revolucionarias, concluye que entre 1932 y 1935 el fraude electoral, aunque existía, no era imprescindible para ganar las elecciones porque los radicales no participaban. Quizás por eso la denominación de «República en el limbo», es decir, «en el borde»: cuando el fraude electoral sólo se practicaba contra los socialistas, se proscribía a los comunistas y se perseguía a los anarquistas, Halperín considera que se está en los límites de la república; la negación de la república, la «República imposible», sólo se produce cuando el fraude es practicado contra la UCR.

nuevo en movimiento» (Halperín Donghi 2004, pág. 208 y sig.); antes de esa fecha «las expresiones del conflicto entre el capital y el trabajo se tornaron más esporádicas y menos intensas» como consecuencia «del ingreso en una etapa recesiva» más que por «la etapa duramente represiva que había sido la dictadura de Uriburu»; el fin de la etapa recesiva dio lugar «a un inmediato resurgir de la militancia sindical» (ibídem, pág. 147). Como el sujeto es «la República», las clases se diluyen en la ciudadanía; al circunscribir la mirada al sistema institucional, y dentro de él a las ideas de la clase dominante, los frecuentes hechos de confrontación directa en las calles protagonizados por los trabajadores, en no pocas oportunidades con uso de armas, si acaso son registrados, quedan relegados al plano de lo anecdótico.¹⁶ El papel del movimiento obrero queda así disminuido, ya que, aunque sus militantes no eludieron el plano discursivo, buena parte de sus acciones, en todas las vertientes político-ideológicas, pasaron por la confrontación mediante huelgas y otras acciones directas, actos públicos, gestiones ante el gobierno y manifestaciones callejeras. En la medida en que Halperín centra la observación en el mundo de las ideas, campo de confrontación en el que lo único que se derrama es tinta, puede llegar a caracterizar la situación de los años treinta como «una suerte de congelada e incruenta guerra civil» (Halperín Donghi 2003, pág. 13). Como se verá más adelante, son varias las líneas de conflicto percibidas por sus protagonistas como potenciales o actuales «guerras civiles»;¹⁷

16.— Curiosamente, registra la huelga general de 1936 (ibídem, pág. 213).

17.— Esta caracterización recorre todo el espectro político, desde los partidarios de Uriburu hasta los anarquistas, incluyendo a la oposición parlamentaria. Por ejemplo, Leopoldo Lugones en el discurso que pronunció en el entierro del interventor militar en Avellaneda, muerto por un grupo anarquista, afirmó que «Porque estamos efectivamente en guerra (...). El mayor Rosasco ha caído porque fue honrada y limpiamente el ejecutor del bando militar del 6 de septiembre (...). Sabemos dónde están y quiénes son los instigadores. Basta ya de contemplación (...)» (*La Nación*, 14/6/1931). El dirigente socialista Nicolás Repetto recordó en sus memorias que «A mediados del mes de julio de 1931, estalló en la provincia de Corrientes un motín militar (...). Temeroso de que este motín pudiera ser el punto de partida de una guerra civil o cosa parecida, pensé que podría contribuir a evitarla (...)» (Repetto 1956, vol. 2, pág. 10). La Junta de Defensa de la Autonomía Provincial de Santa Fe, ante la intervención federal que desplazó al gobierno demócrata progresista de esa provincia, declaró: «(...) Dirigimos a todos, (...) una advertencia, serena pero firme. Medimos en toda su trascendencia la gravedad de los momentos que estamos viviendo. Una mayoría parlamentaria regimentada, sin consciencia de la responsabilidad histórica, entregada a intereses antinacionales, empuja al país a la guerra civil. (...) La libertad no se pide; se la conquista. Sepamos conquistar la nuestra» (*Tribuna*, 5/10/1935). El periódico anarco comunista *Spartacus* caracterizaba la situación diciendo que «En un país donde la prensa está amordazada, los movimientos de opinión sofocados, los

pero no llegaron a conformarse dos fuerzas sociales, armadas moral y materialmente, en que se dividiera la sociedad y que confrontaran con la convicción de que sólo el aniquilamiento de su enemigo permitiría el desarrollo de su propia fuerza. Lo que sí puede afirmarse, sin duda, es que esas confrontaciones estuvieron lejos de ser «incruentas».

No es casual que sean dos investigaciones publicadas después de la insurrección popular de 2001 las que han vuelto a tomar en cuenta la dimensión «lucha», aunque el objeto principal de análisis sean dos organizaciones políticas, el partido Comunista entre 1920 y 1935 y la Federación Anarco Comunista Argentina en los años treinta. Estos trabajos ya no están dirigidos específicamente a analizar los orígenes del peronismo, aunque, al abordar el período previo a su formación, aportan también a ese tema. Ambas investigaciones, más marcadamente la referida a la FACA, reconstruyen la historia a partir de una lectura crítica de la misma prensa partidaria.

Camarero (2007a) investigó a «los comunistas y el mundo del trabajo», recorriendo tanto la historia de la organización partidaria como su inserción en las fábricas, su participación en las luchas sindicales, electorales y de calles, así como en el campo de las ideas y de la organización de los intelectuales y la formación de una «cultura obrera». Su objeto de estudio excede así ampliamente el «mundo del trabajo»¹⁸ y, aunque con un fuerte sesgo a observar las luchas por rama en desmedro de las del conjunto de la clase obrera, en lo que concierne al tema que estamos

obreros y los estudiantes antiguerreros perseguidos o bajo las torturas y en las cárceles, la sucesión de estos episodios son sondeos lanzados al proletariado y nunca pueden ser juzgados sucesos vulgares, actos de carácter policial o justicia militar, sino hechos de guerra» (*Spartacus*, 15/4/1935); «Estamos librando una guerra que rebasa todas las energías populares (...)» (ibídem, noviembre de 1935).

18.— Camarero toma una denominación muy difundida entre los historiadores pero sobre cuyas implicancias no parece haber demasiada reflexión. Como lo hace evidente la misma denominación, referirse al «mundo del trabajo» o bien confunde a los seres humanos (trabajadores) con su actividad (trabajo) o bien reduce los distintos campos de relaciones sociales en que se encuentran inmersos los trabajadores a uno solo: el trabajo. Se pierde de vista que «el trabajo» es una actividad puesta en práctica en un «mundo» (el lugar de trabajo) en el que los seres humanos han sido despojados de toda condición que no sea la de atributo del capital, como engranaje en un mecanismo productivo o apéndice de la máquina, y donde cualquier intento por recuperar su condición humana implica justamente algún grado de ruptura con las condiciones de existencia de ese «mundo». En otras palabras, lo que esta denominación implica, aunque parece no haber conciencia de ello, es considerar a los trabajadores sólo como atributo del capital, como capital viviente. Si nos circunscribimos al «mundo del trabajo» las luchas deberían quedar excluidas. No es esto lo que hace Camarero que, sin embargo, utiliza esa denominación reduccionista.

tratando en este punto, brinda un cúmulo de información aplastante para demostrar «la continuidad de fenómenos de resistencia, organización y socialización proletarios, que, si bien parecieron mostrar cierta atemperación con respecto a períodos anteriores y posteriores, ponían de manifiesto un movimiento obrero en reconstitución y reestructuración, y no en disolución» (ibídem, pág. 350). Asimismo muestra la existencia de una «orientación obrerista y revolucionaria» (ibídem) que, aunque todavía patrimonio sólo de una minoría militante, comenzaba a erigirse como «alternativa proletaria radicalizada» (ibídem, pág. 352), es decir contrapuesta al sistema institucional, con capacidad para influir sobre crecientes masas obreras.¹⁹

López Trujillo (2005) describe la historia de la Federación Anarco Comunista Argentina y la de otras organizaciones y figuras del anarquismo, su vinculación con las organizaciones obreras, y las disputas político-ideológicas en el seno del anarquismo y con las otras corrientes del movimiento obrero. Centrado en las polémicas acerca de la mejor estrategia y forma de organización de los anarquistas, y más allá de algunos errores fácticos puntuales, el libro muestra la situación de esa corriente ideológica, que lejos estaba de haberse extinguido, como supone mucha de la historiografía.

A pesar de no ser un objetivo principal de su análisis, tanto de la investigación de Camarero como de la de López Trujillo se desprende la existencia de un movimiento obrero organizado sindical y políticamente mucho más allá de Buenos Aires y las entonces llamadas «localidades circunvecinas», que abarcaban el primer cordón del Gran Buenos Aires. Su presencia no sólo en Rosario y otras localidades de la provincia de Santa Fe y en la capital y otros pueblos de la provincia de Córdoba sino también en otras provincias y territorios nacionales señala que bastante antes de 1945 ese movimiento obrero tenía presencia en todo el territorio donde se habían impuesto las relaciones capitalistas.²⁰

Ambas investigaciones tienen, además, en común, que las organizaciones políticas que estudian transitaban por un momento de frontal

19.— Cuánto se modificó la «orientación revolucionaria» durante el proceso de crecimiento de la alternativa política analizada por Camarero excede al período (1930-1935) que estamos analizando en este libro y corresponde a otra investigación de la que hemos publicado un adelanto: Iñigo Carrera (2006).

20.— Camarero (2007a, págs. 96-102), entre otras referencias. López Trujillo (2005, págs. 49-50), donde se registran sólo las localidades de donde provenían los presos anarquistas firmantes de una declaración y págs. 63-64 y 71, a propósito de los participantes en el congreso de Rosario de 1932; la reorganización del anarquismo a partir de 1932 dio lugar a «la constitución de 6 comités zonales: Resistencia (Chaco), Rosario, Bahía Blanca, Santa Fe, Tucumán y Capital», en 1933 los comités zonales eran dieciséis (ibídem, pág. 75).

enfrentamiento con el sistema institucional y por eso sus autores se ocupan, aunque sea indirectamente y parcializándolo, de un espacio ignorado por los trabajos de los sesenta y setenta: la lucha librada por una parte de la clase obrera argentina por fuera y enfrentada al sistema institucional político, cuya existencia estaba también mostrada en Iñigo Carrera (2012). Sin embargo, el hecho de tener como objeto de investigación a determinadas organizaciones políticas, y no a la clase obrera, limita el alcance de sus afirmaciones.

Es por eso que metodológicamente preferimos tomar como dimensión principal la lucha de la clase obrera, que, lógicamente, precede a sus organizaciones, aunque, obviamente, ambas, lucha y organización, están indisolublemente ligadas. Aunque a veces se tiende a confundirlos en el análisis, clase y partido son diferentes. Cada uno de los partidos que pretende organizar los intereses de los trabajadores se considera a sí mismo como el «partido de la clase obrera»,²¹ pero la misma multiplicidad de partidos está señalando que o bien estos partidos están expresando intereses de diferentes clases o fracciones sociales, o bien «los partidos orgánicos y fundamentales, por necesidades de la lucha o por otras razones, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales asume el nombre de “partido” y aun, de partido independiente» (Gramsci 1981, pág. 22). La afirmación de que «escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico» (ibidem, pág. 23), está señalando que no puede limitarse esa historia ni a su vida interna, ni a los primeros grupos que lo constituyeron y sus polémicas ideológicas, ni a la historia de la masa «que siguió a los promotores», ni sus congresos y el conjunto de sus actividades; ni siquiera es la historia de un determinado grupo social, en tanto éste no está aislado en la sociedad. Y si se trata de escribir la historia de una sociedad ¿qué mejor que investigar las confrontaciones sociales entre los grupos sociales que, en su desarrollo, la constituyen?

A la vez, los partidos y las corrientes político-ideológicas sindicales, es decir las minorías organizadas que se postulan como organizaciones de la clase obrera, son las distintas alternativas, metas, métodos o vías para alcanzarlas, que se plantean desde y hacia la clase obrera. Centrar la observación en un partido es hacerlo en una de esas alternativas. Observar, en cambio, los momentos de enfrentamiento en los que participa la clase

21.— Se produce una situación análoga a la que señala Marx: «(...) del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia (...)» (Marx 1974, pág. 77).

obrero permite conocer cuál de esas alternativas siguió la mayoría de la clase obrera en un momento o período determinado.²²

Breve exposición de los instrumentos teórico-metodológicos utilizados para realizar esta investigación

Los instrumentos utilizados en esta investigación son los mismos expuestos en *La estrategia de la clase obrera (1936)* (2012). Sin embargo conviene reiterarlos sintéticamente.

Partimos de considerar que no hay acción humana que no pase por la conciencia y por tanto tampoco hay acción humana ajena a la voluntad. El proceso histórico aparece como resultante de infinitos conflictos entre voluntades individuales, que se entrelazan, potencian o neutralizan. Ese proceso no responde a ninguna voluntad individual sino que es resultante de la confrontación.

Lejos de la concepción liberal de la sociedad como una suma de individuos, los instrumentos teórico metodológicos con que abordamos la investigación constituyen un cuerpo teórico que considera a la sociedad como un todo en movimiento, históricamente determinado, dentro del cual existen distintos grupos sociales, que ocupan una posición respecto de la propiedad de sus condiciones materiales de existencia y una función en la producción y reproducción de la vida social, y cuyos intereses los llevan a establecer relaciones de enfrentamiento y/o de alianza con otros grupos sociales. En el proceso de la lucha se constituyen como clases sociales.

Los individuos actúan en condiciones determinadas históricamente: por debajo de la apariencia de infinitos conflictos entre voluntades individuales, determinadas relaciones sociales, que corresponden a cada momento histórico, se imponen necesariamente a la voluntad individual. Entre esas relaciones tienen un papel principal, aunque de ninguna manera exclusivo, las que hacen a la producción y reproducción de la vida material: sin producción material no hay vida social ni espiritual. Y, a la vez, la reproducción de la vida material toma siempre forma política y espiritual. Quizás la mejor síntesis para explicar el desarrollo del proceso

22.— La Semana de Enero de 1919 permite dar un ejemplo: si se observan las organizaciones políticas y sindicales, no cabe duda de que la FORA del IX Congreso era la mayoritaria; pero si se observa el momento de la lucha callejera, es decir el hecho de la Semana de Enero, se constata que la alternativa seguida por los trabajadores movilizados fue la de la FORA del V Congreso. Lo mismo puede señalarse respecto de la CGT, de una parte, y la Alianza Obrera Spartacus, la Federación Anarco Comunista Argentina y el Partido Comunista, de otra, en enero de 1936.

histórico sea que hacemos nuestra historia en condiciones y con premisas muy determinadas.²³

El sujeto colectivo de la historia son las clases sociales cuyas metas, en cada momento histórico, están vinculadas con los grados de conciencia que tienen de sí, de las otras clases y de las relaciones entre ellas; grados de conciencia que hacen al momento que transitan en su constitución como clases sociales. Es la forma en que esos grupos sociales fundamentales toman conciencia de su situación y luchan para resolverla la que mueve la historia, que lejos está, pues, de tener un resultado único y prefijado, aunque tampoco son infinitos, ni siquiera muchos, los resultados posibles en un momento determinado.

Debe tenerse presente que, entendidas en su sentido pleno, las clases sociales sólo se constituyen como tales en procesos de lucha, formados por enfrentamientos sociales, con otras clases; procesos que se desarrollan en el tiempo, que no son lineales y que se libran por medio de alianzas sociales. Por lo tanto, la observación debe comenzar por esa lucha y no por las formas institucionales, que son sus resultantes. El objetivo es hacer observables en los enfrentamientos sociales:

1. las estrategias – ordenamiento de los enfrentamientos – que se dan, en un momento histórico determinado, las clases sociales, las que estarán señalando las metas y los caminos para alcanzar esas metas que se han dado las clases sociales en determinado momento histórico;
2. descubrir cuál es la forma determinada de conciencia, el grado de autoconciencia y organización alcanzado, lo que se expresa en el interés que defienden y en la meta que se proponen.

Los seres humanos actúan en situaciones a las que perciben y caracterizan de determinada forma para poder actuar sobre ellas. Y ésta es la forma de su conciencia de la situación. En esa forma de conciencia prevalecen unas u otras de las relaciones sociales en que están insertos: en el caso de la clase obrera, puede prevalecer su aspecto de *asalariados*, es decir la toma de conciencia de la situación de aparentes propietarios de la mercancía fuerza de trabajo y tratar de mejorar su situación en tanto tales; o bien puede prevalecer su aspecto de *expropiados de sus condiciones materiales de existencia*, forzados a entregar su fuerza de trabajo y explotados, y tratar de eliminar la explotación, recuperando aquella propiedad, es decir, el control de las fuerzas productivas sociales. Se dan grados de conciencia que se vinculan con aspectos parciales o

23.— «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado» (Marx sin fecha, pág. 8).

totalizadores de su situación, y por eso con intereses inmediatos parciales o intereses que hacen a su totalidad como seres humanos. Grados que son un producto histórico, fruto de su experiencia *de lucha*, y en este sentido diferente de lo que considera Thompson (1966) como «experiencia»:24 la construcción de esa conciencia, a partir de su constitución como clase por el capital, es un proceso que pasa por distintos momentos, que incluye la toma de conciencia como conjunto de asalariados, es decir, todavía como personificación de capital, para llegar a tomar conciencia como expropiados de sus condiciones de existencia, cuyos intereses son antagónicos con los de la clase de los propietarios de esas condiciones; es aquí cuando se plantea como meta una forma no capitalista de organización social que choca con el régimen de dominación existente.

Cabe aclarar que este desarrollo de la conciencia no es lineal y que cuando hablamos de grados lo hacemos desde un punto de vista lógico, no cronológico. De hecho, cuando se observa una clase obrera específica, en una situación históricamente determinada, estos grados de conciencia se presentan simultáneamente y tienen su manifestación en las distintas formas de conciencia de las distintas fracciones y capas obreras, del conjunto de los asalariados y de la clase misma. Se ha puesto de moda considerar «esencialista» el atribuir a la clase obrera el ser revolucionaria y socialista, el ser sujeto de la revolución y el socialismo. Sólo una lectura demasiado simple, que recorta la realidad y considera que la clase existe de una vez y para siempre, puede atribuir siquiera la posibilidad de «esencialismo», y por tanto de una mirada *ahistórica*, al planteo de que la clase en sentido pleno sólo existe cuando enfrenta a la otra; si no, es clase para el capital. Su interés histórico, el que hace a su ser de expropiada, enajenada en su producto, su actividad y su ser humano, es recuperar su ser humano y eso sólo es posible en una sociedad no capitalista. Que habitualmente los obreros, los trabajadores, no tengan conciencia de esta situación o bien que teniéndola se encuentren en una relación de fuerzas desfavorable que les impide alcanzar esa meta, no elimina el hecho real de que ése es su interés en tanto clase expropiada. En conclusión: los obreros no son siempre revolucionarios, pero por su interés como clase expropiada, lo son, potencialmente. Y esto no es atribuir a una clase el ser revolucionaria en todo momento, ni considerarla constituida de una vez para siempre.

Un punto a tener en cuenta es que, cualquiera sea la estrategia que se plantee la clase obrera en un determinado momento histórico, en ella está presente la necesidad de establecer alianzas con fracciones sociales no proletarias. Para realizar su interés necesita constituir fuerza social, y para

24.— Quizás no tanto en relación a cómo lo expone en el «Prefacio» de esa obra sino en cómo lo lleva a la práctica en la obra misma.

ello establecer alianzas, dentro de las cuales cada fracción o clase social puede tener su estrategia, pero en la que una se constituye en dirigente al lograr presentar su interés como el interés del conjunto de la alianza. En el caso de la clase obrera, según sea la conciencia de su situación, de *asalariada* o de *expropiada*, y cómo resolverla, será la alianza que establezca.

La lucha política se da siempre entre fuerzas sociales, que son alianzas de clases y fracciones de clase. La fuerza surge, en un sentido análogo a la formación de fuerza productiva analizada por Marx en los capítulos sobre división del trabajo y cooperación del libro I de *El Capital*, de la suma algebraica de voluntades dentro de la clase y de las diferentes fracciones sociales que se alían. Es por eso que la observación de los grados de unidad/fractura de la clase obrera y de alianza/aislamiento respecto de las otras fracciones y clases sociales permite determinar momentos ascendentes y descendentes de la lucha del proletariado, extendiendo a cualquier momento histórico el señalamiento hecho por Marx (2005, págs. 41-42) acerca del ascenso o descenso de la revolución, incluso en períodos cuando la revolución es imperceptible, y a procesos de luchas libradas por el proletariado con conciencia de asalariado, es decir, sin poner en cuestión las bases mismas del orden social establecido. A la vez, si se observa el proceso de formación o descomposición de fuerza social desde la perspectiva de la lucha de clase del proletariado es fundamental determinar cuál es el interés – de qué fracción social – que conduce la fuerza, es decir cuál es el interés que es presentado como la meta que el conjunto de la fuerza busca realizar.

La estrategia de la clase obrera que predominó en los años treinta en Argentina, que tenía como meta penetrar el sistema institucional, necesitaba de la alianza con fracciones burguesas excluidas del poder político desde el golpe de estado de 1930, organizadas en la Unión Cívica Radical y el Partido Demócrata Progresista, y se manifestó con toda claridad en el acto del 1º de Mayo de 1936. Pero ¿qué alianza social se planteaba la estrategia de la clase obrera que tenía como meta la superación del capitalismo?

La investigación

Los interrogantes a resolver remiten a conocer con qué conciencia de su situación luchaba la clase obrera, y por lo tanto en qué grado de su constitución como clase estaba, cuál es la estrategia que se hace observable en los enfrentamientos sociales. Partimos de la descripción de los enfrentamientos sociales como momento necesario de la investigación.

Entre 1930 y 1935 los trabajadores argentinos organizados políticamente protagonizaron todo tipo de confrontaciones utilizando distintos

medios de lucha, desde las huelgas, las manifestaciones, el voto, la participación en conspiraciones militares, acciones con armas y, según alguna bibliografía, hasta un embrionario intento por constituir una guerrilla rural. Aunque algunas de ellas han sido descritas, la forma más propia de la lucha de la clase obrera, la huelga general, no ha merecido ninguna atención. Y, siendo nuestro objetivo conocer las estrategias que lleva adelante la clase obrera, nuestra investigación comenzó por centrar la observación en aquellos enfrentamientos que tomaron la forma de huelga general, forma que constituye el medio de lucha propio de la clase obrera, aunque obviamente, no el único y, en muchas situaciones históricas, ni siquiera el principal. Fue a partir de estas referencias teórico-metodológicas que la investigación comenzó a centrarse en el análisis de las huelgas generales.

Esto requirió como primer paso en la investigación determinar cuáles fueron las huelgas generales realizadas en el período. Entre 1930 y 1935 detectamos nueve huelgas generales convocadas y llevadas a cabo en Buenos Aires, con muy diferentes grados de adhesión, y con repercusión también diversa, en otros lugares del país. La descripción de estas huelgas constituye buena parte del presente libro (capítulos 5, 7, 8 y 9). Su descripción y análisis condujo a hacer observables otras formas de la lucha, incluyendo la lucha callejera y las acciones armadas.

La forma de lucha *huelga* fue también a la que apelaron, sin lograr ponerla en práctica, los militantes obreros que intentaron resistir al golpe de estado del 6 de septiembre. Y fue la puerta de entrada para que la investigación analizara los diferentes alineamientos dentro del movimiento obrero frente al enfrentamiento entre dos fuerzas sociales con conducción burguesa que tomó la forma de golpe de estado (capítulos 2 y 3), precedidos por una presentación general de la situación del movimiento obrero en el momento del golpe en el primer capítulo.

La misma forma asumió, desde el movimiento obrero, la lucha contra la intervención de la provincia de Santa Fe, en 1935, analizada en el noveno capítulo. En ese hecho, como veremos, aparecen algunos rasgos semejantes a la huelga de mayo de 1936.

Los capítulos restantes describen las condiciones políticas en que se desarrolló la lucha de la clase obrera, signadas por el ataque frontal desde el régimen de dominación (capítulo 4), la lucha de los trabajadores desocupados (capítulo 6) y el uso generalizado de armas en las confrontaciones (capítulos 10 y 11). Finalmente, el capítulo 12 resume los resultados generales de la investigación.